

El día que la tierra habló

El viento le azotaba el rostro con furia, pero Daniel no se inmutaba. Sus manos temblaban mientras se aferraba a la botella medio vacía. El aire helado del mar le cortaba la piel, pero él apenas lo sentía. Sus sentimientos flotaban en un océano de dolor y confusión. Nadie entendía lo que estaba pasando, nadie entendía lo que él veía.

Habían pasado meses desde que tenía esa ausencia en el pecho, ese vacío que le carcomía el alma. Desde entonces, el alcohol se había vuelto su único refugio, una barrera líquida que a veces le hacía olvidar y otras le sumergía aún más en la oscuridad. Y luego estaban las visiones.

Una noche entre el humo de un cigarrillo y el brillo estelar de la noche. Daniel sintió una presencia alrededor de sus hombros, un soplido escondido en el viento. Percibió una mirada que ardía como un sol vivo y extendió su mano hacia él, sintiendo que el aire a su alrededor se congelaba. Xolas. Lo supo sin entender cómo. Un espíritu o mejor dicho la deidad suprema kawésqar que danzaba en las sombras de las hogueras ancestrales. Xolas no hablaba, pero Daniel entendió el mensaje en el eco de su lejana respiración: "Escucha el viento. Ella está allí"

Despertó en el suelo húmedo del estrecho, con las manos sangrando y la cabeza retumbando. Cuando lo contó en la ciudad, las miradas fueron frías, más bien distantes. "Estás bebiendo demasiado", decían. "Deberías buscar ayuda", sugerían algunos con una sonrisa forzada. "Está loco", murmuraban otros. Cuando pasó el tiempo, dejó de hablar del tema, pero las visiones no cesaron.

Una noche, Daniel despertó sobresaltado. El suelo vibraba bajo sus pies, las paredes del cuarto retumbaban. Miró hacia la ventana y vio cómo las luces de la ciudad parpadeaban. El temblor aumentaba. La tierra estaba viva. Salió corriendo a la calle. La gente gritaba, los perros ladraban. Entonces, la vio. En medio del caos, una figura pequeña, con un vestido blanco manchado de rojo, caminaba hacia él. Daniel sintió que el aire se congelaba.

Ella extendió su mano, y él sintió el calor de su palma, el mismo calor que creía haber perdido para siempre. La niña inclinó la cabeza, y en el aire resonó una esperanza, el llamado de la tierra y del hielo. Entonces, el temblor cesó y la ciudad quedó en silencio. Daniel cerró los ojos, mientras esa voz sonaba en su mente, clara y cálida.

- Papá, déjame ir.